

A LISANDRO ALVARADO

Por Alfredo Arvelo Larriva.

I

¡Maestro! No lo digo por discípulo vuestro,
el serlo es clara honra, que ojalá fuera mía.
Lo digo en testimonio de homenaje al maestro,
sabio no sólo en ciencia sino en sabiduría.

En latín lapidario lapidáis, justo y diestro,
malignas torceduras, doctor de la ironía;
gozáis en griego antiguo el pindárico estro;
con Zaida, moza y árabe, parláis en arabía.

¿Más lenguas? ¡Por la gracia de las contradicciones,
todas las del Espíritu son entre vuestros dones;
y sonríes, escéptico, de los dones divinos!

Naturalista uno con la Naturaleza,
amáis como filósofo su verdad, su belleza. . .
Y os vais, cual Paracelso, a pie por los caminos.

II

Fauna y flora de América, para vos familiares,
os tornan familiares las de la patria historia:
por dondequiera zorros, zamuros y jaguares,
los espinos rastros y la fruta ilusoria.

Vuestros años remózanse al Cantar de Cantares
que evoca al rey magnífico de placer y de gloria.
Gustáis, copas diversas, dos vinos similares.
(¡Salud, oh fiel Dionisio y Venus transitoria!)

Vanós, rencos rencos, grey de plumas y lápices,
a vuestra paz irónica no le roen ni ápices:
que en tal escudo firme se quiebra el dardo inmundo.

Por esa paz irónica, tan jovial y tan recia,
bien sóis un anacrónico filósofo de Grecia
perdido en estas bárbaras tierras del Nuevo Mundo.